

CRITERIOS PARA EL FUTURO DE LA COOPERACIÓN MISIONERA

P. Vito Del Prete, P.I.M.E.
Secretario General de la Pontificia Unión Misional

1. INTRODUCCIÓN

Se me ha pedido que indique algunos criterios para el futuro de la cooperación misionera. Se lo digo sinceramente: existe el riesgo de repetir y de ofrecer las mismas e idénticas indicaciones que pueden ustedes encontrar en cualquier revista misionera o en manuales de misionología.

Por eso, es difícil decir algo original, capaz de motivar y reinventar contenidos y modalidades de la cooperación misionera. Porque, lo anticipo desde ahora, se trata precisamente de esto que se nos exige ahora: ¿qué espiritualidad, qué iniciativas tomar, para que todo el pueblo de Dios sienta la pasión y se implique efectiva y eficazmente en la *missio Dei*? ¿Y cómo seguir la evolución de la acción evangelizadora para prestarle una cooperación adecuada? ¿No es verdad que hoy la cooperación misionera significa esencialmente tomar parte activa en la acción evangelizadora? Si se suponen estas preguntas para indicar los criterios, entonces la cuestión que hay que estudiar y profundizar no es la cooperación, sino la misión y, en último análisis, la Iglesia.

Efectivamente, ya no podemos decir que no exista una reflexión constante a nivel eclesial del mandato misionero confiado a toda la Iglesia, más aún, éste ha llegado a ser el dato fundamental e indiscutible. Son verdaderamente adquiridas y obvias expresiones como:

- La Iglesia es misionera por su propia naturaleza
- Cada Iglesia local es responsable de la *missio ad Gentes*
- Toda la Iglesia para todo el Mundo

Pero estas expresiones, en las circunstancias actuales, corren el riesgo de ser clichés, casi géneros literarios, que se usan, pero de los que se desconoce el verdadero sentido y las consecuencias prácticas.

Pero es necesario romper la corteza de estos clichés y descubrir su sentido profundo, para que irradien su fuerza propulsora.

Por eso, es necesario someter a un serio discernimiento crítico los dos términos del asunto:

- **Cooperación**
- **Misionera** para estar en disposición de ofrecer criterios.

Es el término “misión” lo que nos dice qué modalidades e iniciativas de la misión se requieren.

Cooperación misionera y actividad de evangelización van a la par, son interdependientes, y ambas requieren visiones y praxis coordinadas.

De la actividad de la evangelización se derivan los contenidos, la actividad y las modalidades de la cooperación. Si no fuera así, si no se pusiera de manifiesto el estrecho e íntimo vínculo entre cooperación y misión, toda actividad de animación, desde la concienciación a la recogida de fondos, resultaría estéril, poco convincente, no creíble, e inevitablemente, se reduciría a un estado comatoso. Y nosotros seríamos como propagandistas (así como eran llamados antes los misioneros), que colocan productos en el mercado.

Hoy, cooperación no indica ayuda o apoyo a la misión, sino, más bien, participación directa en la misión universal. El concepto y el ámbito de la cooperación han experimentado un cambio cualitativo.

A los fines de una auténtica cooperación misionera, es necesario reflexionar sobre la actividad de la evangelización. Aludiré sólo a los elementos que me sirven según el objetivo de mi intervención, ya que este tema ha sido desarrollado por otro conferenciante.

Son dos los elementos que hoy nos interpelan a dar una respuesta:

- **Qué *missio ad Gentes*.**
- **Qué tarea específica nos toca en la responsabilidad universal efectiva en la actividad de la evangelización.**

En estos dos interrogantes se juega hoy la vitalidad y la validez de la cooperación misionera, llamados como estamos a una reflexión profunda y atenta, y a la consiguiente disponibilidad a renovar compromisos y praxis.

2. QUÉ MISIÓN

Desgraciadamente, la misión está sometida a un continuo proceso de transformación. No me corresponde a mí delinear la evolución. No podemos callar el hecho. No podemos callar el hecho de que la evangelización, más que todas las otras misiones de la Iglesia, ha sufrido los contragolpes de los cambios de los modelos culturales y religiosos, de las transformaciones sociales y de los nuevos contextos eclesiales y teológicos.

La misión ha sido desmotivada, destruida y reconstruida. De los entusiasmos de los inicios del 900 de cristianizar todo el mundo, se ha llegado casi a la negación de la legitimidad de la actividad misionera, invocando firmemente que cesara. Ha sido un tormento que la ha marcado. Por una parte, ha puesto en discusión la validez de la *missio ad Gentes*, y, por otra, ha obligado a la Iglesia a reflexionar sobre su existencia y su actividad. Porque, en el fondo, lo que se ha puesto en discusión, en último análisis, es la manera de ser Iglesia. Por eso es necesario releer y reinterpretar todo el misterio cristiano, y reafirmar la unicidad de Cristo Mediador de salvación. Una cierta teología de las religiones, y la misma globalización religiosa, han hecho problemático el compromiso de los fieles en favor de la actividad evangelizadora. Consiguientemente, ha remitido, si es que a veces no ha desaparecido, la cooperación.

Algunos puntos fundamentales constituyen prerrequisitos para las conclusiones a las que llegaré.

- a. La fe y la *missio ad Gentes* se encuentran hoy ante un mundo fundamentalmente diferente del reciente pasado y, por eso, obligadas a afrontar, o, mejor, a medirse con**

los nuevos desafíos. Es una época de transición. *Ha nacido un mundo nuevo, como ya había anticipado proféticamente la Gaudium et Spes, y habían testimoniado los análisis socio-culturales y religiosos de las Iglesias locales presentes en todo el mundo. Consiguientemente, el paradigma tradicional de la evangelización ya no es eficaz.*

Es una misión *in fieri*, no soporta ni métodos ni reglas fijas. Está constantemente abierta a las indicaciones del Espíritu y al contexto histórico de los grupos humanos. La misión es creatividad continua, está sujeta, por eso, a revisión de mentalidad y de metodologías, a renovación.

La misión, especialmente hoy, requiere poiesis, creatividad, ya que es contextual a los ambientes y a la evolución de la historia. Como afirma la EN es una actividad multiforme, dinámica, de la que se puede dar una descripción, no una definición.

La cooperación misionera, para ser auténtica, está llamada a revisar métodos y actividades, a ser creativa, **y a leer constantemente el libro de la misión.**

- b. Relaciones Iglesia – Mundo.** La fractura entre cultura y fe ha llegado a ser rechazo de todo el **pasado**, por lo que los cristianos ya no consiguen integrar el mensaje cristiano en su vida cotidiana (*Ecclesia in Europa*, 7). Nuestra generación se caracteriza por una angustiada búsqueda de sentido. La Iglesia se siente involucrada apasionadamente, y solidaria con la historia de la humanidad, su compañera en el camino, muchas veces trágico, hacia la liberación integral del hombre. Hay que leer, interpretar y realizar el decreto *Ad Gentes* a la luz de la *Lumen Gentium* y de la *Gaudium et Spes*, que, juntas, indican el contenido, el camino y la metodología de la misión evangelizadora.

La misión de la Iglesia acompaña a la humanidad hacia su plena realización. Nuestra acción se inserta en este proceso global. Se debe comprometer en todo lo que es humano para conducirlo a la salvación plena, integral, trascendente. Debe caminar con la humanidad hacia el Cristo glorioso, hacia la glorificación, hacia la deificación de la humanidad, según la expresión de los Padres de la Iglesia.

Una cooperación que se limitara solamente a la animación y al apoyo de las Iglesias locales y de los misioneros, sería incompleta.

- c. Evangelización secularizada – cooperación secularizada**

Esto nos exige que nos despertemos, un estremecimiento en el espíritu, una conciencia de que nuestra misión **no es un proyecto humano terminado, sino que es divino.**

De Cristo, primer evangelizador, nos viene la misma estructura de nuestra acción y cooperación apostólica.

Desgraciadamente, también hoy tenemos una herida abierta: como personas, como misioneros, como instituciones misioneras, podemos caer fácilmente en la tentación de depositar excesiva confianza en la organización, en los medios y en las obras. Sobrevaloramos los recursos humanos y materiales, por lo que damos la impresión de que la predicación de Cristo es cuestión de dinero, de obras y de desarrollo. El centro de gravedad ha cambiado de lugar: ya no lo es el Evangelio de Cristo, sino nuestras obras y nuestros recursos.

La actividad misionera se considera preferiblemente en términos y en vistas a la contribución que puede dar a la promoción humana, a la justicia y a la paz.

Las misiones se han convertido en una obra permanentemente abierta. Las deficiencias estructurales de los Estados en el ámbito de la sanidad, de la instrucción, de las comunicaciones o de los transportes o en las casas, se han convertido en los ámbitos en los que las Iglesias utilizan su personal y sus recursos financieros, que nunca son suficientes.

Además, es necesario financiar a las Iglesias jóvenes que necesitan estructuras adecuadas, como la construcción de seminarios, de escuelas de catequistas, y personal especializado para la enseñanza y la formación. Son todas ellas cosas necesarias. Forman parte integrante de la misión mesiánica de Cristo. Sin estas Obras, el Evangelio sería incomprensible, casi una corriente de espiritualidad gnóstica, como tantas en la actualidad.

Pero debemos confesar que la organización, el activismo, el uso excesivo de los medios, a veces toman ventaja y quitan eficacia al trabajo misionero, porque presentan en demasía el rostro de los hombres, escondiendo inevitablemente el rostro de Cristo. Ciertamente, todo esto necesita recursos económicos ingentes. Las Obras Misionales Pontificias deben financiar todo esto.

Este tipo de evangelización reduce la cooperación misionera a la recogida de fondos, como a menudo se reducen a hacer las Obras Misionales Pontificias.

Solamente si se da un despertar del auténtico espíritu apostólico, también las OMP conocerán un desarrollo, y muchas más personas serán conquistadas a la causa de las misiones, y, estoy seguro, no tendremos miedo de perder el mercado porque otros protagonistas nos hagan la competencia.

d. Todas las Iglesias para todo el mundo.

Se puede traducir así: A la Iglesia, a todas las Iglesias particulares y a todos en la Iglesia les ha sido confiada la tarea de evangelizar las Gentes hasta los extremos confines de la tierra.

Los elementos que definen el contenido de este lema son dos: TODAS las Iglesias – TODO el Mundo. Se trata de la universalidad de la misión que Cristo ha confiado a su comunidad: universalidad de los sujetos misioneros y universalidad de los destinatarios de la evangelización. En el fondo, se dice que toda la Iglesia y todas las Iglesias tienen como tarea prioritaria, absoluta, justificante de su propia existencia y actividad, sólo uno: ir y anunciar el Reino de Dios, venido en Cristo, Salvador del Mundo, en un modelo de comunión misionera entre todas las comunidades diseminadas entre los pueblos del planeta.

Esta es la conciencia y el impulso que el Vaticano II y la praxis eclesial de este último siglo han impulsado.

- ***Esta Iglesia existe para la humanidad.***
Las Iglesias locales constituyen el lugar donde Reino de Dios se hace presente y visible en medio de los hombres y les inflama con el fuego de la misión.

La Iglesia local está llamada a ser solidaria y a dialogar con grupos humanos presentes en su territorio. En cuanto promotora de comunión, está llamada a reunir cuanto el Espíritu del Señor, desde el inicio de la creación, ha sembrado en las culturas y en las religiones. El ad gentes ubica a la Iglesia en una situación que nos gusta calificar de frontera, tanto geográfica cuanto de la humanidad. La misión ad gentes nos sitúa de hecho en el centro del drama concreto de la humanidad, a la que se debe anunciar la novedad del Reino de Dios, y en la que se debe realizar la sociedad alternativa, según los imperativos radicales del Evangelio.

- ***Toda la Iglesia, en sus presencias culturales e históricas, está consagrada a la misión. Es siempre una Iglesia local, una comunidad concreta, histórica, de discípulos, quien ora, anuncia, interpela y, a la luz de su Señor, ilumina y se integra para estar en medio de todo el pueblo. La Iglesia local es la Iglesia universal que pone su tienda entre la gente.***
- ***Todos participan en la misión salvífica de la Iglesia, a la que Cristo mismo les ha destinado. Cada Iglesia y cada uno son, juntos, testigos e instrumentos vivos de la misma misión «a la medida del don de Cristo (Ef 4,7)» (LG 33). Es una llamada directa de Cristo a la corresponsabilidad de la misión, en la multiplicidad de los dones del Espíritu.***

El Espíritu se manifiesta en la Iglesia local (1 Cor 14) con una riqueza de carismas por medio de los cuales el único Espíritu da a cada fiel la llamada y la responsabilidad de la misión, en el proceso de la nueva creación, a la que tiende toda su actividad. Es el Espíritu quien da la eficacia a los ministerios necesarios para la misión, les une, les ordena y les preserva.

Cada uno debe dar a la Iglesia y a la edificación del Reino de Dios todo cuanto tiene y puede hacer. Toda capacidad y potencialidad humanas se pueden poner al servicio del ministerio cuando se usan en Cristo.

La evangelización emerge como la categoría fundamental de la naturaleza de la Iglesia; está presente y orienta todos los sectores de su actividad, de las personas y de las tareas que están llamados a desarrollar. No existe una única categoría de personas a la que se le haya dejado de lado: Papa, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, contemplativos; no hay sectores de la pastoral que no hayan sido caracterizados por la dimensión misionera, como la pastoral sacramental, la catequesis, la caridad, en una palabra, toda la vida y las actividades de la comunidad cristiana. Por lo que el aforisma “la Iglesia es misión” caracteriza la Iglesia surgida del Vaticano II, y sintetiza su razón de ser. Por eso es tremendamente verdad el hecho de que si la Iglesia pierde de vista la misión, se marchita, y sus miembros se convierten en miembros pasivos y apáticos. La Iglesia se tiene de pie o cae en la misión.

Ahora ya es común la convicción de que una persona, una diócesis, una orden o una congregación religiosa no son verdaderamente auténticas si no se ubican en la estela de la *missio ad gentes*.

Esta misión es de todas las Iglesias, es un asunto de todas las comunidades, que, como vasos comunicantes, comparten personas y recursos para la única Iglesia universal. Todas las Iglesias, juntas, en misión.

Es tiempo de dar vida y concreción a esta Iglesia, que el Vaticano II y el sucesivo magisterio oficial ha descrito en su naturaleza y en su misión.

En nuestro tiempo ha nacido un fuerte movimiento misionero: han recibido un gran impulso los sacerdotes “Fidei Donum”; las órdenes contemplativas han establecido comunidades en territorios de misión, miles de laicos y de laicas, y de núcleos familiares han partido hacia otras Iglesias, y han surgido movimientos eclesiales con un fuerte impulso misionero. «se han multiplicado las Iglesias locales provistas de Obispo, clero y personal apostólico propios; se va logrando una inserción más profunda de las comunidades cristianas en la vida de los pueblos; la comunión entre las Iglesias lleva a un intercambio eficaz de bienes y dones espirituales; la labor evangelizadora de los laicos está cambiando la vida eclesial; las Iglesias particulares se muestran abiertas al encuentro, al diálogo y a la colaboración con los miembros de otras Iglesias cristianas y de otras religiones. Sobre todo, se está afianzando una conciencia nueva: *la misión atañe a todos los cristianos*, a todas las diócesis y parroquias, a las instituciones y asociaciones eclesiales» (RMi 2).

Cooperación misionera hoy quiere decir compromiso efectivo en la evangelización.

3. UNA MIRADA A LA SITUACIÓN

En verdad, después del entusiasmo y de las aperturas de la primera hora que suscitó el Vaticano II, parece que atravesamos un periodo de estancamiento, del que Redemptoris Missio es intérprete cualificado, enfocando los obstáculos externos e internos de la misma Iglesia, que «han debilitado el impulso misionero de la Iglesia hacia los no cristianos, lo cual es un hecho que debe preocupar a todos los creyentes en Cristo» (RMi 2).

Subsiste una tendencia, más bien grave, que atenaza a las Iglesias particulares a encerrarse en sí mismas, preocupadas por sus necesidades y confrontadas con los desafíos nada fáciles que la humanidad presenta al cristianismo. Las diócesis, especialmente las de antigua fe, se sienten como castillos asediados, cierran las propias filas, se cuentan, se dan una mejor organización para bloquear el desangre de las propias comunidades cristianas. La misión está aquí, se siente repetir a muchos obispos preocupados.

Pero la experiencia nos dice que, así, no van demasiado lejos, porque el único remedio para volver a dar vida a las comunidades cristianas es la missio ad gentes. La fe se fortalece dándola. Si una diócesis, una comunidad cristiana no se meten en la estela de la evangelización, se encuentran en una crisis de fe.

El Vaticano II ha respondido no haciendo un tratado de ecclesiology y de misionología, sino llamando en causa, redefiniendo y recalificando los ministerios en la Iglesia.

Principal responsable de la cooperación es el Obispo, pastor de la Iglesia local. Si el Obispo tiene pasión misionera, toda la comunidad diocesana es misionera.

4. EL DEBER DE CADA IGLESIA DE “ESTAR EN MISIÓN”. AQUÍ COOPERACIÓN ES EVANGELIZACIÓN

Minoría, en una época de transformaciones mundiales, de descristianización y de confrontación con otras culturas y religiones, la Iglesia local **se encuentra, de hecho, en un ambiente y en un mundo que hay que evangelizar. Las Gentes se encuentran en el territorio de cada diócesis.**

Serán las amplias clases de no-creencia, serán los emigrados o los fieles de otras religiones presentes en el propio territorio, la cultura de violencia y atropello, que se opone al Evangelio y a la dignidad del hombre, la explotación de las personas, las nuevas capas de pobreza, y también ciertas formas de esclavitud religiosa y cultural: la existencia y la actividad de la Iglesia. «La cooperación misionera se abre hoy a nuevas formas, incluyendo no sólo la ayuda económica, **sino también la participación directa» (RMi 82).**

5. COOPERACIÓN OMP

Tenemos que preguntarnos seriamente qué significado y validez (tienen hoy las OMP), y cuáles son sus objetivos específicos. ¿Son organismos válidos? ¿No deberían, quizás, asumir una nueva identidad, dado el actual contexto eclesiológico, la nueva metodología de evangelización y la redefinición de la naturaleza y los ámbitos de la *missio ad gentes*? Hoy, hablar de las Obras, nos obliga necesariamente a redefinir el sentido, la legitimidad y los modos de evangelización.

En esta fase de la humanidad, en la que se ha agudizado la distancia entre ricos y pobres, entre países ricos y países cada vez más empobrecidos, y donde la esclavitud, los atropellos y la opresión asumen formas inauditas, la evangelización se encuentra inducida a responder a las necesidades humanitarias. Como consecuencia, las OMP se han encontrado empeñadas en procurar ayudas y patrocinar los organismos eclesiásticos (diócesis, seminarios), proyectos, y procurar recursos para ir al encuentro de las clases más débiles y oprimidas de la sociedad (niños)

Parece que nuestro trabajo de cooperación se limita a recoger recursos financieros para sostener las Iglesias carentes de medios, como si la progresión del Evangelio se pudiera medir por una mayor o menor consistencia de las cuentas bancarias. “¡Cuánto bien podríamos hacer con más dinero!”, decían y dicen a veces los misioneros y el clero local de las Iglesias.

Pero podemos consolarnos. No somos peores de quienes nos han precedido. El beato P. Manna, hablando de financiación, escribía en los años 30 (del siglo pasado): “Hoy, hablar de misiones equivale a hablar de dinero. Así es en Europa, así es en América, así es en las misiones”. Y a propósito de las OMP, decía: «¡El dinero es necesario!, se ha dicho; y he aquí las Pías Obras Pontificias, a las que les corresponde la tarea de recoger dinero, que todo lo invaden con su organización. Se anula la base espiritual y evangélica...» (P. Manna, *Osservazioni sul metodo moderno di evangelizzazione*, págs. 97–99).

Las instituciones misioneras, como las OMP, los Institutos, las Congregaciones y los demás organismos misioneros y amplios sectores de las Iglesias locales, corren el riesgo de perder las coordinadas esenciales de la acción evangelizadora, como la proclamación del mensaje cristiano, con todos sus elementos constitutivos, con todas las consecuencias y los desafíos

que se derivan de esto a nivel personal, eclesial. Lo que también influye muchísimo sobre nuestra acción de cooperación misionera. Tal es la evangelización directa, tales los contenidos y las modalidades de cooperación.

La reflexión teológica no nos ha ayudado en esto, pues no ha sido capaz de dar orientaciones positivas a la actividad de la evangelización. O se ha adecuado sumisamente al pensamiento pragmático, inaugurado por la Conferencia de Edimburgo, en la que el significado y la planificación de la actividad misionera de las Iglesias prescindían de la confesión de fe, realizando principalmente actividades de desarrollo, o ha llegado a ser demasiado académica e intelectual, fraccionándose hasta tal punto que los agentes del Evangelio difícilmente consiguen intuir el significado y la finalidad de la actividad misionera en una visión global del misterio cristiano.

La secularización de la misión se ha convertido casi en un principio primo, que nos hace aceptar clichés, lo que inevitablemente ofusca y debilita nuestra capacidad de juicio crítico sobre la realidad humana, cristiana y misionera.

Pero la ayuda a los pobres y a los países del Tercer Mundo, y la pobreza de medios que exige el Evangelio (discurso de Mateo sobre el envío de los discípulos), han constituido siempre un dilema para el obrero apostólico. Cada vez son más numerosos los misioneros que se sienten incómodos cuando se encuentran entre las manos recursos económicos que –dicen– hacen muy difícil que las relaciones con las personas sean auténticas. Por eso, algunos, por oposición, optan por una vida de pobreza radical, viviendo en cabañas y sirviéndose solamente de lo que el ambiente puede ofrecer en cuanto a vestido, alimento, cuidados médicos y medios.

6. PRIORIDADES OLVIDADAS

Es cada vez más insistente el grito por **una Iglesia inculturada**, que se ponga humildemente al servicio de la sociedad, armada solamente con la fuerza de la Palabra de Dios, autosuficiente en personal y medios, con un vivir y un operar según las posibilidades del ambiente en el que está presente. Hay una vuelta, si se puede decir así, a poner en práctica el discurso misionero de Jesús.

El nuevo contexto eclesiológico y la metodología de la evangelización, exigen una nueva fase de Cooperación Misionera, que pase, a través de la ayuda, a la comunión entre las Iglesias para el anuncio del Evangelio. Todas las Iglesias son misioneras por su propia naturaleza.

Esto requiere una oración intensa y profunda, una continua reflexión de fe, un conocimiento de la historia, es decir, de los hechos de la humanidad contemporánea, y una acción apostólica que, en las palabras y en los hechos comunique la salvación de Cristo, hasta el punto que se convierta en la cultura de la humanidad.

7. OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

Las Obras se proponen suscitar en los pastores y en el pueblo de Dios la pasión por la misión, contribuir a la formación misionera y **animarles hoy a tomar parte activa en la**

evangelización. Efectivamente, las Obras nacen de un juicio-constatación sobre la responsabilidad misionera de la Iglesia, para la cual la *missio ad gentes*, como decimos hoy, no constituía la prioridad, aunque los misioneros y las jóvenes Iglesias fueran sostenidos gracias a la caridad de toda la cristiandad. Hoy es necesario volver a pensar la metodología y la responsabilidad de la evangelización, según los dos axiomas: “*Necesidad absoluta del Reino de Dios, lo único que importa*” y “*Toda la Iglesia para todo el mundo*”.

Se toca un nervio en carne viva, el de la formación y la responsabilidad misionera de los pastores, sacerdotes, religiosos, obispos, laicos Si la Iglesia no está todavía toda ella comprometida en la actividad misionera, es porque los pastores y el pueblo de Dios no han sido ganados a la gran causa de las misiones. Se trata de dar la conciencia de la necesidad de difundir el Reino de Dios en la humanidad, el *unum necessarium*. Esta dimensión es parte integrante de la vocación cristiana, y connatural al orden sagrado. Sólo si son formados e impregnados del espíritu misionero, los pastores y los fieles pueden ser la correa de transmisión de la pasión misionera.

Esta es la finalidad de las Obras, asociaciones eclesiales que son como el núcleo duro de esta pasión misionera, capaz de hacer fermentar la masa. Información, formación, espiritualidad misionera, participación en el trabajo de evangelización, como un gran ejército que sostiene, da fuerza y participa en el trabajo de quien se encuentra en las fronteras. Las Obras, por decirlo en términos ya anticuados, es el elemento que anima y autentica todas las otras fuerzas misioneras, porque a todas da forma y, al mismo tiempo, es fuente de renovación de la vida cristiana y de los modelos pastorales.

8. EL IMPASSE ACTUAL

A la luz de la transformación de los modelos eclesiales y de la actividad de evangelización, debemos reconsiderar los nuevos papeles y formas que deben asumir las Obras Misionales Pontificias en general. No se puede continuar pensando y actuando como si no hubiera sucedido nada en todos estos años. Ya no nos podemos apelar a la tradición, que no puede ser invocada para mantener el status quo. La iglesia camina en el tiempo y se inserta en la historia, renovando sus instituciones.

Se realizan, en todas las diócesis, programas de formación continua para sacerdotes, religiosos, religiosas; existe la conciencia de esta necesidad, y se asumen compromisos misioneros. ¿Existe una necesidad posterior de otros Organismos para realizar la misionariedad del pueblo de Dios, de nuestras comunidades parroquiales y diocesanas?

Es verdad que la Iglesia toda es misionera, como toda ella es litúrgica y ministerial. Estas son dimensiones connaturales a la Iglesia. Pero es necesario que surjan ministerios, organismos específicos, que tengan vivas esas dimensiones ante la conciencia de los miembros del pueblo de Dios, que les indiquen y que, de hecho, actúen en consecuencia. Nadie se maravilla si, al interno de la pastoral, existen comisiones y asociaciones para la liturgia, justicia y paz, arte sacra, asuntos económicos, etc. Nadie se maravilla por la existencia de organismos centrales y nacionales que ofrecen reglas y orientaciones para los diferentes sectores de la vida de la Iglesia. Si así no fuera, la Iglesia se convertiría en un cuerpo amorfo, sin diferenciaciones y sin posibilidades de individuar los objetivos precisos de su misión.

Esto es también válido para la actividad misionera, que es una dimensión talmente

especializada, que ninguna Iglesia puede existir sin ella. Pero esto no quita que existan misioneros u organismos misioneros que sean, en el pueblo de Dios, signos de radicalidad misionera, conciencia crítica de la misionariedad de la Iglesia. Sólo en este sentido se justifican los institutos misioneros, las OMP y todas las otras fuerzas eclesiales que el Espíritu ha suscitado y suscita en la Iglesia. La idea de que las OMP y los otros organismos misioneros se hayan convertido en algo caduco por el hecho de que toda la Iglesia es misionera, es más bien un eslogan carente de contenido y de sentido, y es, sencillamente, una declaración de principios, a la que no corresponde ninguna praxis.

Es verdad que la dimensión misionera se realiza en la Iglesia local, porque la Iglesia local es directa e inmediatamente responsable de la evangelización. Pero no tenemos que olvidar que la Iglesia universal subsiste toda ella en la concreción de las Iglesias particulares que, en comunión entre sí, son la Iglesia universal, bajo la guía del fundamento de la unidad visible, el Papa, que preside la universalidad del pueblo de Dios en la caridad.

No se trata de asignar un nuevo papel a las Obras sino de darle nuevos puntos de referencia para la actividad misionera de la Iglesia y de las Iglesias. **No solamente organismos que responden de manera pasiva a las necesidades, con una obra de ingeniería distributiva de los fondos y recursos de personal, sino organismos capaces de ofrecer significados nuevos, de hacerles protagonistas de la evangelización. Este es un tiempo favorable. El movimiento misionero es el más dinámico y activo, y a la vanguardia de la Iglesia, capaz de provocar una renovación en la cristiandad.**

- Somos ya conscientes de que el Evangelio debe afrontar nuevos areópagos, en los cuales realizar una nueva metodología apostólica, que requiere creatividad. Es necesario dar una nueva forma al apostolado, y una preparación adecuada para los apóstoles. La formación continua misionera es una necesidad. Es uno de los aspectos necesarios y más delicados de la misión de la Iglesia. Las Obras Misionales Pontificias deben ser conscientes de este momento. Esta tarea, aunque no exclusiva, es reservada de manera particular a la Pontificia Unión Misional.
- Es una tarea difícil, porque la formación tiende a trastornar los criterios de juicio y los modelos de vida de los fieles para darles la forma crística mesiánica. Y esto, mediante la fuerza persuasiva de la necesidad de la cruz. Lo primero de todo, la formación debe dirigirse a quienes les corresponde la responsabilidad de las comunidades: obispos, presbíteros, religiosos y religiosas, laicos comprometidos. De ellos depende en gran parte la vitalidad de las comunidades cristianas y del compromiso misionero. Aquí se actúa directamente en las personas, para que maduren en su personalidad apostólica.
- Hemos sido puestos **como centinelas** que anuncian el Dios que viene, **como profetas**, que interpretan la historia de la humanidad a la luz de Dios, **como sacramentos de Cristo, primer evangelizador**, en el acto supremo de donación para la salvación de todos los hombres.

9. IGLESIA LOCAL Y OBISPO

El Obispo debe ver en su Iglesia particular “la imagen de la Iglesia universal”, porque la una y única Iglesia católica se constituye en y desde las Iglesias locales. De esto se deduce, pues, que el ministerio episcopal, si está vinculado a la génesis, al desarrollo y a los dinamismos de

crecimiento de la comunidad concreta, por la naturaleza misma de la comunidad, que es esencialmente católica, está llamado a un servicio que no puede quedarse encerrado entre las paredes de una única comunidad cristiana. Ha sido puesto al servicio de la comunión entre las Iglesias, y esto determina esencialmente incluso su servicio pastoral. Debe haber, por decirlo así, dos almas del ministerio episcopal: pastor local y pastor itinerante, y dos perspectivas: la de la Iglesia constituida y la de la Iglesia que hay que fundar.

Al Obispo se le pide «promover, dirigir y coordinar la actividad misionera. [...] La actividad apostólica no se limite tan sólo a los convertidos, sino que ha de destinar una parte conveniente de operarios y de recursos a la evangelización de los no cristianos» (cfr. AG 30). Cada diócesis debería ser un laboratorio misionero siempre abierto.

Entrar en los caminos de la evangelización en propio territorio, será un estímulo y un instrumento idóneo para dar nueva vitalidad a la misma comunidad cristiana, que se sentirá comprometida a dar un testimonio más coherente de la propia fe, y a hacer surgir la pasión de comunicarla en todas partes donde Cristo todavía no ha sido anunciado.

La *missio ad gentes* es parte constitutiva de la Iglesia local, porque es fundamental para toda la existencia cristiana. Por eso debe vivificar, orientar y determinar toda otra actividad. Aún siendo específica, debe ser como la levadura que hace crecer y confiere autenticidad a los diferentes ámbitos de la pastoral. De hecho «no es fácil definir los confines entre *atención pastoral a los fieles, nueva evangelización y actividad misionera específica*, y no es pensable crear entre ellos barreras o recintos estancados» (RMi 34). La misión es el paradigma de toda la actividad pastoral, lo que quiere decir que catequesis, caridad, sacramentos, no son plenamente auténticos si no se encuentran animados, vivificados, actualizados o celebrados con la intencionalidad y en vistas de la *missio ad gentes*, la categoría que unifica todas las expresiones de la misión de la Iglesia. Sólo así la comunidad diocesana será formada y animada a realizar en su propio terreno y fuera de los propios confines eclesiales y culturales las multiformes y múltiples actividades de evangelización, como el anuncio, la promoción humana, el diálogo, la ayuda a las jóvenes Iglesias, tal como se enumeran en la *Evangelii Nuntiandi* y en la *Redemptoris Missio*.

Es en esta visión global y unificadora donde el ministerio episcopal puede encontrar una definitiva dimensión y realización misionera, superando el Obispo la aparente contradicción de ser pastor de una determinada comunidad y el deber de predicar el Evangelio hasta los extremos confines de la tierra.

10. ...EN COMUNIÓN CON Y PARA LAS OTRAS IGLESIAS EN LA *MISSIO AD EXTRA*

Al Obispo, como jefe y centro de la actividad apostólica, se le pide que promueva las vocaciones misioneras para los institutos, congregaciones y para las otras Iglesias. Pero, con más propiedad, está llamado a favorecer una forma de participación en la misión universal, con el envío de sacerdotes y laicos diocesanos según el modelo de comunión y cooperación misionera entre las Iglesias. Son los sacerdotes, y ahora también los laicos “*Fidei Donum*”, lanzados por la encíclica del mismo nombre, de los que la *Redemptoris Missio* afirma que la intuición profética de Pío XII «ha hecho superar la dimensión territorial del servicio sacerdotal para ponerlo a disposición de toda la Iglesia. Hoy se ven confirmadas la validez y los frutos de esta experiencia» (RMi 67).

Desgraciadamente, es necesario constatar que el entusiasmo de los comienzos ha disminuido, con la excusa de que la misión ha venido a nosotros, y así, no pocos Obispos frenan el impulso hacia el mundo no cristiano, concediendo no de buena gana el personal para las otras Iglesias (cfr. RMi 85). A las Iglesias antiguas, como a las jóvenes, se les ha dicho que no se aíslen, que acojan y envíen misioneros y medios a las otras Iglesias. Este es el medio para volver a dar frescura y vitalidad a las Iglesias locales, para resolver los numerosos problemas que les afligen.

Mediante esta específica praxis de cooperación misionera directa, el Obispo asume verdaderamente como propia la solicitud por todas las Iglesias, que se convierte en una efectiva realidad, y no en una cuestión de principio.

Las Iglesias locales esparcidas por el mundo, son portadoras de un mensaje nuevo de salvación, que introducen como una semilla en las raíces de aquella que el Apocalipsis de Juan llama Babilonia. Estas Iglesias son los discípulos de Cristo; viven y cantan el canto nuevo de la liberación. No se contaminan con la idolatría, son la primicia para Dios. Según la hermosa carta a Diogneto, son el alma del mundo. La vida de los discípulos es la de todos los hombres, pero con contenidos e intencionalidades diferentes.

«Habitan en sus propias patrias, pero como extranjeros; participan en todo como los ciudadanos, pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra extraña les es patria, y toda patria les es extraña. Viven en la carne, pero no viven según la carne. Están sobre la tierra, pero su ciudadanía es la del cielo. Se someten a las leyes establecidas, pero con su propia vida superan las leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se los desconoce, y con todo se los condena. Son llevados a la muerte, y con ello reciben la vida. Son pobres, y enriquecen a muchos. Les falta todo, pero les sobra todo» (Cap. IV).

Estas Iglesias locales deben ser el jardín experimental, el núcleo, el germen, la anticipación de lo que deberá ser la humanidad redimida: viven en comunión (koinonia), cuya expresión y culmen es la fracción de pan (liturgia), para el servicio (diakonia) y la proclamación del Evangelio (parresia) especialmente con el testimonio de la vida hasta el martirio (martyria). De esta manera evangelizan, y otros hombres y mujeres continuamente se suman al número de los creyentes.

La crisis que atenaza las Iglesias occidentales y la fase de estancamiento que algunos registran en las Iglesias jóvenes, se deben precisamente al hecho de que la evangelización aparece como opción prioritaria en los planes pastorales, pero no vivifica ni determina toda la realidad.

Efectivamente, en las Iglesias de antigua tradición, permanece un estilo pastoral de conservación, aunque actualizado y sofisticado, y tiende a atajar el abandono de la comunidad cristiana por parte de tantos fieles. Es verdad, se procura dar un aspecto nuevo a la liturgia, a la catequesis, a las actividades caritativas, se crean comisiones y subcomisiones, grupos, con el intento de que hagan suya la identidad cristiana. Pero se olvida que la sustancia de la identidad de la Iglesia la constituyen dos elementos fundamentales: la fe en el misterio de Dios, que Cristo ha revelado y realizado, y la misión de testimoniarlo y anunciarlo al mundo, hasta que Él venga.

Para una participación efectiva en la misión universal es necesario un salto de calidad en la formación de los ministros ordenados y del laicado.

11. FORMACIÓN MISIONERA DOS PRESBITEROS

Y, sin embargo, parece que el clero es, precisamente, el más reacio. Son insistentes los lamentos que se refieren a los seminaristas, que, una vez ordenados sacerdotes, se adecuan a una pastoral de lo existente, olvidándose de ser evangelizadores; y lo son también en relación a los diferentes directores de los Centros Misioneros, tales de nombre, pero no de hecho, que se limitan a ser centros de reparto de los subsidios; igualmente respecto a los párrocos, que, abrumados por las solicitudes insistentes de los parroquianos, no tienen ni tiempo ni espacios en su programación para la animación, la formación y la cooperación misioneras. No pocas veces estas críticas son injustas. Pero debemos preguntarnos: ¿No es quizás verdad que nuestras actividades más importantes (Jornada Misionera Mundial, Jornada de la Santa Infancia, Adopción de los Seminaristas, Recogida de fondos para proyectos particulares), no dan forma y contenido a toda la actividad pastoral, reduciendo la misión misma a algunas actividades? ¿No es quizás insistente la exigencia de realizar la misión como fruto de contemplación, según el ejemplo de Cristo, con un testimonio que, para ser comunicación creíble del Evangelio, debe adquirir progresivamente la espiritualidad kenótica, hasta el derramamiento de sangre? El Evangelio habla en términos diferentes a los nuestros, es una lógica totalmente diferente.

A todas las OMP, les corresponde la tarea de proponer y realizar la evangelización como actividad que procede de Dios que es caridad, y del costado llagado de Cristo. Si el clero y los religiosos faltan a la cita con esta nueva conciencia de la naturaleza de la misión moderna, el Evangelio no dará muchos pasos. Por eso, tenemos el deber de volver a definir nuestro ser misioneros ante los amplios ámbitos de la misión de nuestro tiempo y de los cambios de los modelos eclesiológicos, entre los cuales se sitúa el papel de las Obras Misionales.

12. LAICOS

- **El anuncio, la proclamación de la salvación en Cristo.**

A todos los cristianos les ha sido dada, como prioridad, la misión de predicar el Evangelio a toda criatura. Hoy, deberíamos advertir físicamente la percepción de que somos un pueblo escogido entre todas las gentes, para anunciar a todos las maravillas de Dios, así como la comunidad cristiana de los inicios. Deberíamos instituir el ministerio de la evangelización, que habría que suscitar y cultivar. Porque quien quiere anunciar la Palabra de Dios a los no cristianos y no creyentes debe estar preparado culturalmente, de manera que pueda dar razón de su fe y, espiritualmente, con una sólida estructura personal cristiana.

- **Servicio y trabajo por la humanización**

Es necesario “ir al encuentro de los hombres y de las mujeres de nuestro tiempo siendo testigos de que también hoy es posible, hermoso, buena y justa vivir la existencia humana conforme al Evangelio y, en el nombre del Evangelio, contribuir a hacer nueva la entera sociedad” (Conferenza Episcopale Italiana, *Il volto missionario delle parrocchie in un mondo che cambia*, 1). Es la hora de una nueva fantasía de la caridad. Aquí se abren infinitas formas

ministeriales para los laicos, algunas de suplencia allí donde las estructuras del estrado y de la sociedad se encuentran ausentes o están corrompidas; otras, de construcción alternativa a los modelos imperantes; otras, en el signo del puro y mero compartir la vida con las clases más marginadas y despreciadas; otras, aún, en el signo de la concienciación y de la gestión de la cosa pública, la política. Los laicos deben ser como centinelas alertas, ejerciendo su vocación profética y orientando la historia hacia la plena realización de la humanidad, de esa que Dios quiere.

Los laicos forman parte del Cuerpo que es la Iglesia, y deben actuar relacionados con todas las fuerzas eclesiales en un proyecto pastoral misionero común, según los dones específicos que el Espíritu les otorga. **Yo creo que este debe ser el proceso actual de cooperación misionera.**

13. LA COMUNIDAD CRISTIANA – PARROQUIA EVANGELIZADA QUE DA TESTIMONIO

«Hay que meditar atentamente que [la Iglesia] está llamada a ser el lugar en el que se reúnen quienes, en primer lugar, son *evangelizados*. Sería absurdo pretender evangelizar si no se desease constantemente, los primeros, ser evangelizados». (Conferenza Episcopale Italiana, *Comunicare il vangelo in un mondo che cambia*, n. 47).

La vida y la actividad de la comunidad parroquial deben ser consideradas, pensadas y realizadas en la óptica de la evangelización *ad gentes* y de los no creyentes. Debería ser ya algo consolidado que no habrá una reactivación pastoral, una revitalización de la comunidad sin poniendo como primera de nuestras preocupaciones y actividades la misión evangelizadora. Hemos intentado de todo. La reforma litúrgica, una preparación sistemática a los sacramentos de iniciación, los cursos prematrimoniales, los centros de escucha... pero hemos visto cómo nuestras filas han disminuido, y la frecuencia misma a los sacramentos no siempre es un índice de la capacidad carismática de esta Iglesia.

En una palabra, la comunidad parroquial debe reproducir en concreto el ideal, la fe, el dinamismo, los intereses del Reino de la Iglesia universal. Continuamos declamando que la Iglesia es la levadura, el signo, el instrumento, el pequeño rebaño, la sal de la tierra, la luz del mundo, la perla escondida, germen y semilla de esperanza, de vida y de resurrección, comunidad alternativa, pueblo de las bienaventuranzas, discípulos del Crucificado, voz orante de la humanidad, servidores del Espíritu, signo de reconciliación. Son todas realidades verdaderas, de las que estamos convencidos Pero, ¿después? Nos encontramos administrando míseramente el día a día de nuestras comunidades, los litigios de los parroquianos, las solicitudes a veces asfixiantes de los fieles de una utilización indiscriminada de los sacramentos y sacramentales, la gestión económica, la periodicidad de los encuentros de programación, que se arrastran. Muchas veces sentimos la frustración de comunicar un mensaje más dinámico, que implique a la gente, que dé verdadero impulso e identidad a la comunidad parroquial. Se siente el cansancio.

El problema no se resuelve insistiendo en el mismo punto, en la misma dinámica. Esta medicina ya ha sido experimentada. Ha producido algún efecto, pero corre el riesgo de no producir otros por una dinámica de adición. Sí, hemos tenido efectos, pero no han durado y no han cambiado muchas cosas. Nos queda la duda de si hemos “malvendido” a poco precio lo

sagrado, ante una demanda religiosa que nos pedía ir más allá de respuestas fáciles, o respuestas ya confeccionadas desde hacía siglos, por lo que se retenía como sanas y eficaces.

La parroquia debería ser cada vez menos una unidad administrativa, para convertirse, como es su naturaleza, en una comunidad evangelizadora. Sus intereses deberían ser aquellos que se encuentran fuera de ella misma. Es la reunión de quienes Dios se ha escogido de entre los muchos que viven en nuestras grandes ciudades o países, y que tienen el entusiasmo y la creatividad de anunciar a los otros la salvación de Dios. No es el seno materno, donde la comunidad busca protección, sino la fuerza penetrante y apremiante de Dios, que te arroja entre tus hermanos y hermanas dispersos, para que sean conducidos a la unidad y a la comunión de Dios, con la cultura y el estilo de vida del Crucificado y del Resucitado. Menos formalidad, menos celebraciones, menos manifestaciones, más misión *ad extra*.

Los medios que acabamos de indicar, encuentran un punto en común en el salto de calidad de la formación. Pero quisiera quitar un malentendido, que es causa de frustración. Con la formación continua no puede entenderse sólo y exclusivamente las catequesis o la catequesis sacramental. Al final, se trataría siempre de lo mismo. Sino que debe ser una catequesis en función de la evangelización. Aquí sería necesario volver a abrir todo el discurso de la “mentalidad” que hay que formar en el pueblo de Dios que se ha confiado a nuestros cuidados. Si el cristianismo no es un sistema doctrinal ni un prontuario ético o de buenas maneras, sino vida nueva, entonces no se puede separar el anuncio de la actividad, la formación de estilo de vida y de acción.

Por esto, el párroco, o quien hace sus veces, debe ser animador y evangelizador.

13.1 Animador

El párroco debe ser un apasionado del Reino de Dios, y ampliar su corazón y sus intereses cuanto y cuantos son los de Dios. De otro modo, no se dará la revolución pastoral; al máximo podrá darse alguna celebración más y alguna que otra manifestación. Que mire fuera de su rebaño, de su lugar de residencia. Que conozca y se interese de todo lo que atañe al hombre y a la humanidad, las conquistas, los avances, la evolución positiva. Tenga en cuenta la derrota del hombre, en cualquier parte en que se dé, de las tragedias. Ahí encontrará la motivación de que la humanidad, sin el Evangelio, sin Dios, corre el riesgo de caminar a la deriva. Ahí surgirá la pasión por el Evangelio, por la predicación, el sumergirse junto con aquellos que sufren y esperan la liberación. Sin esto, nuestra animación en favor de la difusión del Reino, no surge; corremos el riesgo de repetir una y otra vez lo que se nos dice, pero sin pasión ni convicción. Jesús se había encarnado y sumergido en la gente, conocía sus corazones. Dios ha ido al exilio con su pueblo. Solamente quien es consciente se da a la acción con convicción. Hagamos universal nuestro conocimiento de la humanidad: solamente si conocemos sus necesidades y sus aspiraciones, pondremos la mano en el arado.

Recuperemos esta dimensión evangelizadora universal y seremos capaces de guiar esta comunidad particular.

13.2 Evangelizador

Hoy, el mundo y la Iglesia necesitan evangelizadores. Necesitan personas que estén convencidas de que el Reino de Dios, así como se ha manifestado y realizado en Cristo, es la única buena noticia capaz de dar esperanza y orientación y energía a la realización plena de la

humanidad y de la creación. Personas que estén convencidas de que la *civitas humana* debe transformarse gradualmente en la *civitas Dei*, y que esto implica un proceso de durará hasta que todo esté cumplido.

La comunidad cristiana está en función de esta misión. El suyo, es un anuncio que peregrina, casi como un nómada, que tiene fijo el objetivo final, y que considera la realidad que encuentra buena, pero provisional, no la última. La Carta a Diogneto expresa muy bien la visión de fondo.

El sacerdote – pastor está en camino con esta comunidad que es la suya, la nutre y la cura de todas las manera posibles para que camine con todos los otros a quienes proclama la belleza y la esperanza del Reino de Dios, hacia el cual se encaminan juntos, realizándolo en su tiempo. De todas las maneras, es consciente de que el suyo es solamente un pequeño rebaño, y que todo el resto (cosas y hombres) deben entrar en ese camino del que él es el cabeza de fila.

Él no lo puede hacer todo. Debe formar a los evangelizadores, aquellos que dejan las protecciones para injertarse, para inclinarse, para servir, para ver qué se dice más allá del camino: si el Espíritu ya ha visitado a las gentes, si tienen aspiraciones, si necesitan ayuda, si dan señales de diálogo, si se encuentran afligidos, si en su corazón arde el hambre y la sed de justicia.

Si la evangelización es un hecho eclesial, entonces es todo la comunidad que se mueve según los diferentes carismas dados a cada uno. La cooperación misionera se comprende en, y exige absolutamente, una eclesiología de comunión, una espiritualidad de compasión, que lleva al máximo desinterés de sí mismo y al máximo interés por Dios y por todos los hermanos y hermanas de esta humanidad.

Esta es una visión sencilla que nos viene de la Palabra de Dios y de su siervo Jesucristo.

Los criterios del futuro de la cooperación misionera serán, pues, establecidos por una más profunda penetración del misterio de Dios, por una lectura crítica de los signos de los tiempos, y por la capacidad de inventar los ministerios de la misión evangelizadora.